

# IA: Inteligencia Artificiosa

(Peripetia académica en los límites razonables  
entre el plagio y la autocomplacencia)

RAFAEL INFANTES LUBIÁN

*1er Premio*

RESUMEN: Se mostrará a lo largo de este ensayo, en el marco de un aceptable grado de incertidumbre y desvergüenza mal disimulada, la frustración que provoca en el individuo universitario medio(cre) la incapacidad de producir la más mínima aportación académica original.

PALABRAS CLAVE: *inteligencia, sueño alegórico, plagio, incertidumbre, estado cuántico.*

## EXPOSICIÓN

Me despierto de un sueño agitado y espeso. He soñado con cráteres en erupción y laberintos minoicos de los que, casi de chiripa, he conseguido escapar bordeando los propios límites de mi cordura hasta alcanzar el borde de un precipicio. He sentido el vértigo

frente al insondable abismo por el que se despeñaban, de forma alegórica, gruesos volúmenes de compendios legales, rollizos tratados de deontologías abstrusas y manuales para programadores en lenguajes de quinta generación. Justo en el momento previo al despertar, sentí los pasos anónimos —*clap, clap, clap...*— de un misterioso perseguidor. Después, un punzante estallido de luz sobre mis ojos recién abiertos, procedente del único ventanal con que cuenta nuestra habitación en el colegio mayor, delata el avanzado momento de la mañana que, para mi desesperación, intuyo cercano al mediodía.

De inmediato, realizo un fugaz escrutinio del entorno, embargado por un estado de ánimo que combina un ilusorio sentido de culpabilidad con lo que un artículo del último número del *Res Novae ex Leguleius* describe como «temor reverencial no intimidatorio». Es un hecho probado que C, mi compañera de habitación, no necesita verbalizar sus reproches; a ella le bastaría activar esa adusta mirada cargada de condescendencia para recriminarme por enésima vez mi lamentable actitud hacia los deberes académicos. Me declaro culpable: he vuelto a trasnochar en ese período limítrofe entre el fin de las clases y el período de evaluación. Ese lapso en el que todo tiempo mal o bien empleado (lo dejo a su consideración, señoras y señores miembros del tribunal) incrementa hasta un punto crítico las probabilidades de no retorno, en ese preciso horizonte de sucesos y sucesiva acumulación de deberes y horas de estudio

pendientes que te precipitan, sin remedio, hacia el agujero negro del fracaso escolar.

Por fortuna, C no parece inmutarse ante mi reciente vuelta a la consciencia. Permanece sentada de espaldas a las camas, inclinada sobre su mesa escritorio. En la pantalla de su portátil centellean líneas de texto que se propagan ágiles en respuesta al frenético movimiento de unas manos que teclean —*clap, clap, clap...*— como poseídas por un involuntario movimiento oscilatorio.

Me levanto y el ruido de mis pisadas sobre el parqué chivato que cruje parece romper por un instante su concentración. Ensayo y error: «Oye, C, quería explicarte que...», empiezo una improvisada y torpe argumentación que se ve interrumpida por el brusco movimiento de su mano derecha que se alza en señal de aviso: ¡Silencio, estudiante de posgrado en actividad académica a pleno rendimiento!

Tras unos minutos de tensión intelectual no resuelta que culmina en un virtuoso repiqueteo sobre el teclado (punto y aparte), se gira hacia mí y esgrime, una vez más, esa mirada. «Lo vas a volver a hacer, ¿verdad?» parece decir, intuyendo que aún no he escrito ni una mísera línea de mi trabajo fin de grado.

—Bueno, ha sido un cuatrimestre difícil.

De nuevo la mirada (ya saben, estimados miembros del tribunal), la adusta mirada.

—No, no, claro que no. Esta vez no voy a culpar al estrés o a una suerte de imprevistas complicaciones ni mucho menos al devenir de un universo que, no cabe

duda, conspira contra mí. Acepto, si eso te complace, que esta situación es consecuencia de un uso desmedido del noble, aunque vilipendiado, arte de la procrastinación.

Pero no es posible su indulgencia. Si insisto me recordará que he forjado un currículo por medio de trabajos hábilmente plagiados. De hecho, la desesperación me ha llevado en más de una ocasión a entregarme sin reparos (ni el menor indicio de remordimiento) al *copia-pegar* más despiadado mientras C se esforzaba hasta la extenuación para presentar trabajos novedosos. Ahí radica la propia condena de mi periplo como estudiante, en la circunstancia de convivir junto a una persona brillante, responsable y decidida.

Por el contrario, en mi caso y desde mi ingreso en la universidad, una praxis de lo chabacano se convirtió en mi seña de identidad. Durante un tiempo la cosa funcionó. Después, en mi cuarto año de carrera llegó ese maldito Turnitin. Cuando oí hablar por primera vez de él, creí que se trataba de uno de esos pioneros soviéticos en los albores de la carrera espacial, un Andrei o Nikolai cualquiera. ¡Cuán equivocado estaba! C me lo avisó, pero desatendí sus advertencias y en la evaluación de ese año el batacazo fue sonado. Desde entonces todo ha ido de mal en peor.

¿Qué puedo hacer ahora? Me tumbo de nuevo en la cama y meditabundo cierro los ojos. Si considero mi estado cuántico indefinido, próximo a un irremediable ataque de nervios, es fácil de entender que me haya bastado una distribución de chusca probabilidad para

llegar a la terrible conclusión de que no voy a ser capaz de entregar el trabajo a tiempo. Salvo que acuda a esa nueva herramienta. Alguien me ha puesto en alerta sobre ese llamado ChatGPT cuyo código fuente produce con asombrosa verosimilitud cualquier texto requerido en una inusitada variedad de estilos.

«El dolor en sí mismo es el amor». De nuevo esa frase sacude mi memoria y lo ha hecho de forma persistente en las últimas semanas. No entiendo la razón.

Me incorporo y C ha desaparecido misteriosamente. ¿Cómo es posible que no haya notado su partida? Siento un escalofrío. Dudo incluso de que realmente haya estado alguna vez aquí. ¿Y si solo he hablado con mi propia imagen reflejada en el espejo? o, aún peor, ¿y si yo mismo y todo cuanto aquí han leído (insobornables miembros del tribunal) es la perversa obra de una inteligencia artificial?

Sacudo la cabeza. Creo que empiezo a delirar. Me levanto y enciendo el portátil. Poso la mano sobre el ratón como quien acaricia el suave lomo de un cachorro dormido en el deseo de que responda cómplice al tacto amistoso de mi roce. Dirijo el cursor a la barra de búsqueda del navegador. Suplico —¡oh, sagrado algoritmo!— que me muestre un indicio que ilumine esta penumbra creativa.

## CONCLUSIONES

Hay una forma sencilla de resumir este estudio de caso, de hecho, me bastan dos palabras: desastre inminente.

Víctima de un bloqueo indescriptible, embargado por una desesperación narcótica he recordado algo que leí en un artículo (¿o fue en un *chat*?). Escribo en el procesador de textos un comando desesperado «=lorem (1,5)» y a continuación pulso *intro* con una violencia inusitada efecto de la embriaguez contextual. El resultado, más allá de «el dolor en sí mismo es el amor», es revelador:

*Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Maecenas porttitor congue massa. Fusce posuere, magna sed pulvinar ultricies, purus lectus malesuada libero, sit amet commodo magna eros quis urna. Nunc viverra imperdiet enim. Fusce est.*

Sin duda, esta vez lo voy a petar.